

La Biblia en Lenguaje Popular

Pedro Ortiz Valdivieso, S.J.

Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá

El Concilio Vaticano II en la Constitución *Dei Verbum*, recogiendo una enseñanza secular de la Iglesia, nos recuerda que la Escritura es Palabra de Dios dirigida a los hombres de todos los tiempos: "En los Libros Sagrados, el Padre que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos" (n. 21). De ahí que "los fieles han de tener fácil acceso a la Sagrada Escritura" (n. 22). Esta convicción del valor siempre actual de la Escritura es algo que la Iglesia comparte con el pueblo de Israel. Si el pueblo de Israel conservó la ley, los escritos de los profetas, los poetas y los sabios, no fue únicamente por su valor como documento arqueológico o por su belleza literaria, sino porque su vida se regía por el mensaje que Dios en esos escritos le dirigía. Otro tanto debemos decir de la Iglesia: los evangelios, las cartas y demás escritos del Nuevo Testamento no son solamente recuerdos interesantes de una historia pasada: son un testimonio de fe de valor normativo y perenne. Pero para la Iglesia no sólo el Nuevo Testamento es Palabra de Dios: toda la Escritura es mensaje de Dios a los hombres, aunque en ella el Nuevo Testamento señale el punto culminante. Por eso la Biblia se ha conservado durante siglos en el pueblo de Israel y en la Iglesia. Ningún otro libro de la antigüedad se ha conservado en una abundancia tan grande de testimonios escritos. Y aunque no poseamos los autógrafos, podemos seguir (sobre todo para el Nuevo Testamento) la historia de su transmisión de manera sorprendente.

Por otra parte, la Iglesia nunca ha enseñado que la Biblia sea un libro caído del cielo, escrito previamente por Dios mismo de su puño y letra. Es un libro escrito por hombres que hicieron parte de una historia concreta, la historia de Israel y de la Iglesia primitiva. Como tales, esos hombres pertenecían a culturas específicas. El hecho de que la Biblia tenga un valor permanente no significa que sus libros no hayan sido escritos ante todo para lectores de una cultura y de una época determinadas.

Convencidos de que la Escritura es Palabra de Dios permanente, los hombres de todas las generaciones siempre han buscado en ella luz, orientación, estímulo, fuerza. Pero siendo la Biblia una colección de escritos pertenecientes a culturas determinadas, nacidos de circunstancias concretas y redactados primeramente para lectores de otra época, resultan una serie de obstáculos que se interponen entre el mensaje de la Biblia y el lector actual.

El primero y más obvio es el de la lengua. Pocas personas están capacitadas para leer la Biblia en sus lenguas originales, el hebreo, el

arameo y el griego. Es claro que el estudio de estas lenguas es indispensable y es deseable que haya un número grande de personas que las conozcan bien para poder leer la Biblia en sus textos originales. Pero siempre será un ideal realizable sólo por un número bastante reducido en el mundo. ¿Qué van a hacer los demás, la inmensa mayoría? No tendrán otra alternativa que leer la Biblia en traducciones. De ahí la importancia de las traducciones de la Biblia. Ya en la antigüedad los mismos judíos vieron la necesidad de traducir los textos hebreos a las lenguas griega y aramea. Y posteriormente, a medida que la Iglesia se fue extendiendo en el ámbito de otras culturas, fueron apareciendo las traducciones latina, siríaca, copta, armenia, georgiana, gótica, etiópica, paleoeslava, árabe y por fin todas las traducciones modernas. Debemos contar con el hecho de que el hombre ordinario leerá la Biblia en una traducción.

Es necesario recalcar que la importancia de las traducciones de la Biblia tiene que ver en primer lugar no con la estética o la literatura sino con la pastoral. Se trata de algo que afecta la vida de fe de la Iglesia. La Escritura es la expresión más auténtica de la fe de Israel y de la Iglesia y como tal es una norma y punto de referencia permanente para todos los fieles. Y esto no solamente para las personas que saben leer: muchas personas quizás no lean la Biblia, pero la oyen leer. Una de las partes integrales del culto cristiano, que en esto imitó las costumbres judías del culto sinagogal, ha sido siempre la lectura de la Biblia.

Hay una diferencia esencial entre las traducciones de la Biblia y las traducciones de otras obras literarias de la antigüedad. Estas pueden tener valores estéticos muy notables, pero no poseen el valor religioso y consiguientemente el valor vital que tiene la Escritura para el lector moderno, especialmente para el cristiano.

Las traducciones antiguas de la Biblia (y de otras obras literarias) fueron hechas de una manera bastante empírica. En la época moderna, con el desarrollo de los estudios lingüísticos en su sentido más amplio (de las lenguas antiguas y modernas, del lenguaje en cuanto tal, de la comunicación humana, etc.) se ha venido desarrollando también una reflexión más crítica y sistemática de lo que podemos llamar el arte de traducir. Así se ha visto mejor que no basta un conocimiento empírico de las lenguas para hacer o para analizar una traducción, sino que es sumamente útil el conocer lo que está implicado al hacer esa trasposición de una lengua a otra.

Por esta razón, antes de hablar de problemas específicos de la traducción bíblica, me parece oportuno hacer algunas consideraciones generales sobre lo que es e implica toda traducción. Obviamente, no pretenderé hacer una exposición completa de todos los problemas conexos con este tema.

El traducir, en sentido estricto, tiene por objeto las expresiones lingüísticas humanas. No estamos hablando aquí de todas las posibles trasposiciones de las diferentes formas de expresión y comunicación humana (gestos, acciones, signos visuales o auditivos en general), sino únicamente

de las formas de expresión lingüística. Por esto es conveniente recordar algunos aspectos fundamentales de la expresión lingüística.

1. El Lenguaje como Comunicación

El lenguaje es la forma privilegiada (aunque no la única) de comunicación interpersonal. Esto vale naturalmente en primer lugar del lenguaje hablado. Secundariamente y en forma derivada esto vale también para el lenguaje escrito. Aunque el lenguaje se utiliza también para otras funciones puramente subjetivas (reflexión, expresión de sentimientos, etc.) sin ningún valor comunicativo, la función primordial del lenguaje es la comunicación interpersonal.

En el lenguaje hablado o comunicación directa aparecen con igual importancia los elementos esenciales de la comunicación: las personas (dos por lo menos) que se comunican y lo que se comunican. En cuanto a las personas caben todas las posibilidades de la especie humana y solo merece recordarse aquí que aunque la facultad de hablar es "natural" en el hombre su ejercicio tiene que aprenderse. Con frecuencia se designan esquemáticamente los participantes en la comunicación como "fuente" al que habla y "receptor" al que escucha. Pero debe tenerse en cuenta que en el lenguaje hablado con mucha frecuencia estos papeles se intercambian rápidamente, como sucede en el diálogo, y no se trata de que una parte sea solamente activa y la otra pasiva. Hay otros casos (como en la actividad oratoria) en que una parte es predominantemente activa y la otra predominantemente pasiva. En otras palabras, las posibilidades de participación en la comunicación son extremadamente variadas.

El acto de comunicación se hace ordinariamente —en el lenguaje hablado —en forma auditiva y visual.

Lo que se comunica en la locución podemos llamarlo el "mensaje". Con esto no se quiere decir que tenga un contenido de importancia especial. El contenido puede ser mínimo.

Este "mensaje" puede estudiarse desde muchos puntos de vista. Para nuestro análisis nos interesa anotar que en él podemos distinguir dos elementos o componentes básicos: el contenido y la forma. La forma es el elemento sonoro, perceptible inmediatamente por cualquier persona con facultades auditivas, registrable mecánicamente, analizable como cualquier sonido. Es llamado también significante. El contenido, en cambio, equivale a lo que llamamos también el sentido o significado. Este solamente lo percibe aquel que conoce el código o sistema lingüístico. Porque la relación entre el significante y el significado no es una relación intrínseca sino extrínseca que depende de una convención social y de una determinada tradición histórica. Solamente el que, bien sea por una educación recibida desde la infancia y que se convierte así en algo espontáneo e inconsciente o por un aprendizaje posterior más consciente y artificial, conoce esa convención y esa tradición, capta el sentido del mensaje.

Los sonidos pueden existir —y existen— sin un "significado" determinado. No todo sonido es necesariamente lenguaje. Pero el lenguaje en su forma completa y precisa no existe sin el significante sonoro. Aunque

el hombre puede comunicar muchas cosas con gestos (un beso o una bofetada pueden comunicar más que muchas palabras), el medio por excelencia de la comunicación interpersonal es el lenguaje.

Aunque el significante y el significado forman un todo y normalmente se perciben así, como una unidad, pueden separarse. Esto aparece claro si consideramos que un contenido puede expresarse de diversas maneras.

Debemos, sin embargo, anotar que "contenido" no es la idea abstracta que indica cada palabra aisladamente, tal como aparece en el diccionario. Por "contenido" debemos entender todo lo que realmente se comunica en el acto de la locución. Debemos además recordar que la comunicación lingüística se realiza no por palabras aisladas sino por conjuntos más o menos amplios de palabras: las frases, los períodos.

A este propósito los lingüistas distinguen entre el sentido referencial de un mensaje y el sentido connotativo. Las palabras castellanas "extremidad inferior", "pie", y "pata", designan todas el mismo objeto, tienen un mismo sentido referencial, pero no tienen el mismo sentido connotativo: la primera tiene una connotación de lenguaje técnico, la segunda de lenguaje común, la tercera (aplicada al hombre) de lenguaje vulgar o familiar. Lo que vale de palabras aisladas vale también de frases enteras.

Lo que hemos designado aquí de manera muy genérica como "comunicación" es en realidad algo muy complejo. Hacer una narración, por ejemplo, es un acto de comunicación. Sin embargo las formas de comunicación en un caso como ese pueden ser muy distintas. Yo puedo relatar algo sólo para hacer reír (cuento un chiste); puedo relatar algo para dar una noticia de un hecho ocurrido (suministro una información); puedo relatar algo solo por estar en comunicación con otra persona. Esto nos muestra que el lenguaje tiene diversas funciones. Conocer la función concreta (o las funciones, porque pueden ser varias simultáneamente) de un mensaje es parte importante de su interpretación.

El lenguaje hablado, que es el primario, no consiste únicamente en pronunciar frases y palabras. De ordinario va acompañado de una serie de elementos expresivos que contribuyen grandemente a hacer más clara y efectiva la locución: la entonación de la voz, los gestos de la cara y de las manos, las pausas, etc.

Por otra parte, en la comunicación ordinaria, así como la comunicación no consiste de palabras aisladas sino de palabras que forman parte de frases y períodos más amplios, así también el mensaje hablado hace parte de un contexto humano, social, psicológico, cultural, histórico, más amplio, que normalmente comparten las personas que se comunican. Si el receptor no comparte ese contexto general en que se enuncia el mensaje, pueden surgir dificultades de interpretación. En la conversación ordinaria bastan muchas veces mensajes muy reducidos, elípticos, para comunicar algo, porque los interlocutores están en el mismo contexto. Si una persona extraña oye esa misma conversación dejará de entender muchas cosas.

Estos son algunos aspectos importantes de la comunicación lingüística y se refieren sobre todo al lenguaje hablado.

El lenguaje escrito participa de muchas características del lenguaje hablado. Respecto de éste tiene algunas ventajas pero también algunas limitaciones. Sus ventajas principales son su permanencia y su capacidad de llegar a un número de receptores teóricamente ilimitado. Al mismo tiempo estas mismas ventajas pueden convertirse en obstáculos. La distancia temporal y espacial lleva consigo la dificultad para el receptor de situarse en el mismo contexto (social, psicológico, cultural, histórico) del texto como fue escrito. Por otra parte, el texto escrito no lleva los elementos expresivos propios del mensaje hablado. Se le pueden añadir algunos (signos de puntuación, formato, disposición del escrito, etc.). Pero cuando el escrito no le llega al receptor en su autógrafo, ya no se tiene completa garantía de que estos elementos sean originales.

Mientras que el mensaje hablado tiene una relación inmediata con el que lo pronuncia y normalmente va dirigido a un oyente o interlocutor bastante preciso, el mensaje escrito adquiere cierta autonomía. Este ya no depende tan inmediatamente de su autor y de sus destinatarios originales. Pero esta autonomía no es total y sobre todo varía mucho según el género literario. En una carta privada importa mucho quién es el autor y quién es el destinatario. En cambio un tratado doctrinal puede hacerse casi totalmente independiente de sus destinatarios originales y mucho también de su autor. Igualmente hay diferencia en la relación con su autor entre un poema lírico y una colección de dichos tradicionales.

2. La Traducción

Lo que hemos dicho hasta ahora se refiere a la comunicación lingüística en general, pero sobre todo al caso en que los interlocutores o el autor y sus lectores hablen la misma lengua.

Pero todos sabemos muy bien que uno de los más serios obstáculos para la comunicación entre los hombres lo constituye la diversidad de lenguas. No nos interesa estudiar aquí cuál es el origen de esta diversidad. Lo que sí nos interesa resaltar en este contexto son los siguientes hechos:

Ante todo que las diferencias entre las lenguas en muchos casos no son solamente a nivel fonético, es decir, no se trata solamente de que para referirse a un mismo objeto o idea se usen distintos sonidos. Esto puede darse. Pero en muchos casos la diferencia es más profunda. No solamente hay diferencias de vocabulario. De ordinario la estructura de las lenguas es diferente; en algunos casos ligeramente diferente, en otros profundamente diferente. Hay lenguas semejantes (sobre todo las derivadas de un ancestro común) y hay lenguas muy distintas en todos sus aspectos. Las frases se construyen de manera muy diferente.

Pero aún hay algo más serio. Toda la mentalidad, el modo de pensar, la posición ante la vida, las tradiciones, todo el ambiente cultural pueden variar mucho de un pueblo a otro, de una época a otra. Y esto necesariamente se refleja en cada lengua y en las expresiones lingüísticas concretas.

De esta manera aparece claro que traducir no puede consistir en

muchos casos en colocar frente a cada palabra de un texto escrito en una lengua otra palabra de la otra lengua. El resultado, con un procedimiento semejante, puede ser un texto absolutamente ininteligible.

Algunos ejemplos, tomados de la Biblia, nos lo mostrarán. Si traducimos literalmente Mateo 9, 15 tendremos: "¿Acaso pueden los hijos de la cámara matrimonial estar tristes mientras el novio está con ellos?". Ningún lector ordinario entenderá qué significa la expresión "los hijos de la cámara matrimonial". En Zacarías 4, 14 se habla de "dos hijos del aceite que están en pie junto al Señor de toda la tierra". Esta traducción "literal" tampoco sería inteligible en castellano. Así se podrían multiplicar los ejemplos.

Hay varias maneras de ayudar al lector de la otra lengua (que en muchos casos equivale a otra cultura y época muy distintas) a superar el obstáculo que suponen esas diferencias de diversa índole.

Una manera es el *comentario*. Una de las primeras cosas que hace un comentario es explicar el sentido inmediato de los textos. Esto es especialmente necesario si la lengua original del texto es muy diferente de la del comentario. Muchos comentarios bíblicos toman como base de su explicación una traducción lo más literal posible, que permita seguir de cerca no solo el contenido sino la forma del texto original. Las notas al pie de página pueden hacer las veces de comentarios. Es claro que tal tipo de traducción es especialmente útil para quien está interesado en la forma del original, pero solamente presta su utilidad a quien está en capacidad de dedicar el tiempo requerido para hacer ese estudio. La lectura se convierte así en realidad en un estudio del texto. Para una lectura seguida resultaría poco práctica y especialmente inadecuada sería para leer a otros.

Una traducción de ese tipo fue la que en la antigüedad (siglo II (p.C.) realizó el judío Aquila para el Antiguo Testamento. Procuró reproducir en griego el texto hebreo de forma tan servilmente literal que muchas veces resultaba ininteligible para quien no conocía de antemano el texto hebreo y su significado.

La mayor parte de las traducciones de la Biblia que se han hecho no han llevado el literalismo a tales extremos.

Lo que hemos dicho anteriormente sobre la distinción entre contenido (significado) y forma (significante) nos permite ver mejor lo que sucede en toda traducción. Toda traducción es una transposición. Como las formas lingüísticas son ordinariamente diferentes para cada lengua, a lo que esa transposición afecta es ante todo a la forma. En toda traducción (transposición de una lengua a otra) cambian las formas fonéticas (y consiguientemente las formas gráficas), exceptuando algunos casos en que hay coincidencia más o menos abundante según la proximidad de las lenguas. Pero si al mismo tiempo cambia el contenido, ya no habrá identidad o equivalencia ninguna. Será un nuevo texto sin relación con el original. Lo esencial, pues, en la traducción es la equivalencia del contenido, entendiendo por "contenido" no lo más esencial, la idea central de un texto, sino todo aquello que el texto original comunicaba, o por lo menos la mayor cantidad posible de cuanto comunicaba.

Inmediatamente surgen varias preguntas. Ante todo: ¿la nueva forma será entonces completamente arbitraria, totalmente a elección del traductor? Para responder de una manera general indiquemos que la nueva forma tendrá cuatro puntos de referencia fundamentales:

1) El contenido del original. Es evidentemente lo que ante todo importa conservar. Ser fiel al contenido del original es lo que primero que todo se pide a cualquier traducción.

2) La forma del original. Nos referimos aquí no a la forma fonética de las palabras; sino más bien a lo que se suele llamar la forma "literaria". La traducción debe tratar de reproducir, en la medida de lo posible, la forma literaria del original. Hay que recordar que en muchos casos las diferentes formas literarias hacen parte del contenido que se comunica. El ejemplo más claro es el de la poesía. En la poesía el contenido y la forma se compenetran para formar una unidad comunicativa. La traducción de un texto poético no puede prescindir de ese hecho. Al mismo tiempo es donde aparecen más claras las limitaciones de cualquier traducción.

3) La estructura propia de cada lengua. Ya hemos indicado que cada lengua tiene su estructura propia, su gramática, su sintaxis, sus usos y tradiciones propias a las cuales tiene que acomodarse el nuevo texto, aunque esta estructura sea diferente de la de la lengua original. Estas diferencias se muestran, por ejemplo, en el mayor o menor número de palabras, en el orden, en las diversas funciones gramaticales que desempeñan las palabras, etc. Con frecuencia una traducción, aunque sea inteligible, se delata como traducción por esta falta de respeto a la estructura y a los usos propios de la lengua.

4) Los destinatarios de la traducción. Una traducción ya no está dirigida a los lectores originales del texto. Una traducción española actual de la Biblia ya no está dirigida a los israelitas de los siglos anteriores a Cristo o a los cristianos del siglo I. Está dirigida a los lectores de habla española del siglo XX. Hay aquí, por consiguiente, una transposición inevitable. Pero resulta que en una lengua como la castellana actual uno no habla de la misma manera cuando se dirige a un grupo de académicos, a los alumnos de una clase, o a un amigo, incluso si les quiere decir exactamente la misma cosa. No hablamos aquí de una acomodación del contenido (que también se puede hacer), sino de la forma. Una traducción puede estar dirigida a personas de elevada cultura, o puede tener un carácter más popular. Y aquí llegamos al tema que más directamente queríamos abordar: las traducciones populares.

3. La Biblia en Lenguaje Popular

Las anteriores consideraciones nos permiten entender mejor lo que diré enseguida acerca de este tema. No me referiré a este asunto en forma general, sino que lo trataré en relación con una traducción concreta de la Biblia: *Dios Habla Hoy* publicado por las Sociedades Bíblicas Unidas en 1979. Habiendo participado durante varios años en la prepa-

ración de esta traducción, expondré sus características más importantes. Al enumerarlas y comentarlas irán apareciendo también los principios básicos con que fue realizada.

1) Traducción a partir de los originales. Parece casi innecesario advertir que la traducción fue hecha a partir de los textos originales hebreo, arameo y griego. Hoy día, cuando existen excelentes ediciones críticas de los textos originales de la Biblia y teniendo tantos estudios de toda índole sobre esos textos, se hace imprescindible, para una traducción a una lengua como la castellana, el partir de esos textos. Es obvio que los traductores consultaran otras traducciones antiguas y modernas como ayuda útil.

2) Traducción para América española. Dado que la lengua española es una lengua hablada en muchas regiones geográficas, resultan algunas diferencias. Aunque las diferencias no impiden totalmente la inteligibilidad del lenguaje, sí pueden implicar una dificultad. Hay algunas diferencias de vocabulario, de usos gramaticales, etc. Una traducción litúrgica hecha en España de Marcos 1, 16 habla de que Simón y Andrés "estaban echando el copo en el lago". Me temo que nadie en Hispanoamérica (ciertamente no en Colombia) sepa lo que quiere decir "echar el copo", aunque es posible que por el contexto lo adivine. El uso del "vosotros" y formas correspondientes de los verbos y los posesivos es una de las cosas que más distinguen el uso del español de España del de América. La traducción *Dios Habla Hoy* ha utilizado siempre el pronombre "ustedes" en el plural, pero ha conservado en el singular la distinción entre tú, usted, Su Excelencia.

Es posible que para algunos esto equivalga a una "incorrección" gramatical o a un bajar la Palabra de Dios a niveles indignos de su carácter sagrado. Pero debemos tener en cuenta que los criterios de "corrección" en una lengua no pueden derivarse ni de principios abstractos ni de usos que no sean pertinentes.

En Hispanoamérica este es el uso general a todos los niveles (cuando se habla naturalmente, no en forma artificial) y debe considerarse "correcto". A este propósito puede ser útil recordar lo que decía San Agustín cuando explicaba el Salmo 138 (139) a sus fieles y utilizaba una palabra que los gramáticos consideraban incorrecta: "Es mejor que hablemos así: más vale que nos critiquen los gramáticos y no que la gente no entienda (*melius est reprehendant nos grammatici quam non intelligant populi*)" (Enarr, in Psalm. 138, 20).

De otra parte, quien conozca los textos originales se da cuenta perfectamente de que el carácter sagrado de los libros de la Biblia no proviene de los usos lingüísticos que en ella se encuentran (que eran los comunes en su época) sino de otros capítulos (su contenido, su función en la vida del pueblo de Israel y de la Iglesia, su origen religioso, etc.).

3) Texto fácilmente inteligible. La designación de un nivel de lenguaje como "popular" es bastante ambigua. "Popular" puede llamarse el lenguaje vulgar, no aceptado socialmente, el lenguaje familiar, que se usa

en la conversación privada, o también un lenguaje sencillo, correcto, fácilmente inteligible. En *Dios Habla Hoy* el término popular se refiere ante todo a la facilidad de comprensión. Se pretende que esta traducción pueda ser entendida por el mayor número posible de personas, sin tener que estar acudiendo a notas explicativas de carácter lingüístico, o a diccionarios que indiquen el significado de palabras raras cuando existen palabras equivalentes conocidas. Esta mayor facilidad de comprensión se encuentra ante todo en el vocabulario y en la construcción gramatical. En vez de palabras raras se utilizan palabras comunes. En vez de construcciones complicadas se emplean construcciones sencillas.

Uno de los medios, a veces indispensable, de hacer comprensible un texto es el de explicitar elementos que en el texto original están solo implícitos. En Marcos 6, 14 leemos traduciendo literalmente: "Y oyó el rey Herodés, pues su nombre se había hecho manifiesto...". Para evitar la oscuridad del posesivo "su", *Dios Habla Hoy* traduce: "El rey Herodes oyó hablar de Jesús, cuya fama había corrido por todas partes".

Claro que no se trata de introducir en la traducción toda la información histórica y cultural que muchas veces es necesaria para poder entender un texto. Al que no sabe lo que es un "holocausto" no se le puede explicar en la traducción. Para explicar estos términos y otros semejantes en esta edición se ha añadido un glosario en que se explican la mayor parte de estos términos menos corrientes. Además hay algunas notas para aclarar algunos puntos de carácter histórico o cultural. La introducción a cada libro ayuda al lector a situarse en el contexto general.

Para facilitar la comprensión del texto se utilizan ciertos recursos que hoy son comunes en muchas traducciones, como los títulos de secciones. Estos títulos, que no hacen parte del texto original, resumen brevemente el contenido. La impresión tipográfica es clara y ayuda a la lectura sin tropiezos.

Una característica interesante de esta edición de la Biblia son sus ilustraciones. Muchas ediciones de la Biblia contienen ilustraciones de diversa índole: mapas, fotografías de lugares bíblicos, imágenes tomadas de las antiguas culturas orientales, etc. *Dios Habla Hoy* va ilustrada con una serie de dibujos muy sencillos pero extraordinariamente sugestivos, realizados por la artista suiza Annie Vallotton, que sintetiza con gran efectividad la idea central de muchos textos. Estos dibujos ayudan a hacer que al lector se le grabe vívidamente el mensaje. Naturalmente, también se encuentran los mapas del Medio Oriente y de los países Bíblicos que son tradicionales.

La sencillez del lenguaje no implica ni el utilizar solo un vocabulario limitado *a priori* ni el reducir los textos a un nivel infantil. Se supone en los lectores un grado normal de inteligencia, pero se procura no exigirles esfuerzos innecesarios para la comprensión. En especial hay que anotar que no se ha pretendido nivelar todos los textos, como si no hubiera diferencias de género literario. En especial se ha procurado

que los textos poéticos no quedaran reducidos a una prosa sin gusto ni belleza literaria.

4) Traducción hecha en colaboración interconfesional. Una de las características más importantes de *Dios Habla Hoy* es que tengamos aquí la primera traducción completa de la Biblia hecha en Latinoamérica en colaboración interconfesional.

Ante todo hay que señalar que la traducción no aparece bajo la responsabilidad de un solo traductor o de un grupo de traductores que hayan trabajado en forma independiente. La traducción es publicada bajo la responsabilidad de las Sociedades Bíblicas Unidas, lo cual quiere decir en la práctica que muchas personas han participado en la elaboración de los textos: traducción de base, revisiones exegeticas, revisiones literarias, preparación de las copias, formato, presentación, ilustraciones, impresión, distribución... Una cantidad muy grande de personas de distintas confesiones han participado en este trabajo. La traducción no quiere ser una traducción "confesional", es decir orientada por una determinada teología particular o para el servicio de una iglesia particular. Quiere ayudar a entender el sentido de los textos originales y estar al servicio de todos los que quieran conocerlos y utilizarlos.

Las Sociedades Bíblicas Unidas desean sinceramente prestar este servicio lo más universal posible. Para obviar un problema serio que se presenta debido a las diversas posiciones de las confesiones cristianas respecto del Canon del Antiguo Testamento, se han hecho dos ediciones, una con los llamados libros "deuterocanónicos" y otra sin ellos. Así no se impone a nadie una forma determinada de la Biblia sino que se deja a que el lector, según su conciencia y sus tradiciones propias, escoja la que quiera.

5) Edición asequible al mayor número de personas. No bastaría hacer una traducción destinada al mayor número posible de lectores si no estuviera también económicamente a su alcance. Esta edición de *Dios Habla Hoy* está disponible, a pesar de estar impresa en tamaños muy cómodos y en papel bueno y con tipos claramente legibles, a precios muy módicos. Creemos que de esta manera podrá llegar a muchos cristianos y no cristianos de América Latina deseosos de conocer y orientar sus vidas por la Palabra de Dios.

Es necesario recalcar que la traducción de la Biblia a un lenguaje asequible no es más que una parte de una pastoral mucho más amplia. Conocer la Sagrada Escritura es parte de una formación cristiana. Pero el desarrollo y la maduración de la fe suponen mucho más que tener una Biblia inteligible en las manos. Queda a la Iglesia todo un trabajo de evangelización que realizar.

Podemos terminar este artículo citando las palabras que el entonces Secretario General del CELAM, Mons. Alfonso López Trujillo dirigió a las Sociedades Bíblicas y que se encuentran al comienzo de la edición:

“El Consejo Episcopal Latinoamericano —CELAM— mira con satisfacción la publicación completa de la Versión Popular de la Biblia en español, *Dios Habla Hoy*, la cual, realizada con la colaboración de biblistas católicos, contiene, de acuerdo con nuestra petición, los libros Deuterocanónicos y está destinada a la difusión de la Palabra de Dios en América Latina”.

“Esperamos que por medio de esta nueva traducción la Palabra divina ‘se propague rápidamente y sea acogida con honor’ (2 Tes 3, 1) en nuestro Continente, para mayor conocimiento del Señor Jesús, fidelidad de todos a su nombre y perfecta unión de los cristianos”.